



Raúl Eduardo Irigoyen

EL ARROYO SALADO CACHIMAYO*

Mucho, pero mucho antes que nuestro país fuera como lo conocemos, gran parte de su territorio estaba cubierto por el mar. Cuando las aguas comenzaron a retirarse, un grupo de peces decidió quedarse a vivir bajo tierra, reservando para ello una porción del mar, con las mejores aguas a las que añadieron otras propiedades minerales.

El lugar elegido, para este mar subterráneo muy especial, fue debajo de las sierras grandes.

Allí está desde hace milenios y por una puerta aflora en la Pampa de Pocho, en medio del valle de Salsacate, beneficiando a quienes conocen su valor.

Estas aguas, que renuevan la juventud, fueron buscadas por los conquistadores españoles para curar enfermedades, quienes equivocadamente cruzaron muy al sur, lejos del valle y de su fuente.

Las aguas saladas, unidas a unas pocas vertientes que la dulcifican ligeramente, forman el arroyo Cachimayo, utilizadas siempre por los indios, que de estas cosas sabían mucho.

Se cuenta que Pandora, la primera mujer que fuera creada, según la mitología griega, de grandes condiciones otorgadas por los dioses y dueña de una caja que encerraba todos los bienes y males de la humanidad, permitió que escaparan todos aquellos y se esparcieran por el mundo; pero pudo cerrarla a tiempo para que la esperanza no se perdiera y quedara allí, siempre a disposición de los hombres para sanar los males espirituales.

Pero los griegos no conocían uno de los grandes secretos que la naturaleza creó, para ayudar a combatir las enfermedades. Además de plantas, existen aguas que sanan y prolongan la vida de las personas. Aguas que vienen del centro de la tierra y afloran en diferentes lugares, como un don especial y solamente a disposición de los entendidos.

El Cachimayo, que nace en el centro de la Pampa de Pocho y ya conocido por los Antiguos, de aguas que llevan diversas sales y otros minerales, es una de las Fuentes de la Juventud y quienes cumplen con los sagrados ritos de entregarse a él y a sus barros, aparecen rejuvenecidos y con una nueva vitalidad.

Pero esto no deja de tener sus inconvenientes. Gustavo Vincitore, esforzado trabajador de noble estirpe peninsular y propietario de un campo, que bañan las aguas del Cachimayo, comenzó a inquietarse. Este robusto itálico al poco tiempo de establecerse en el lugar, llevó allí su hacienda y la dejó pastar tranquila, para que crecieran y se multiplicaran, como indica el precepto bíblico. Entusiasmado por la bonanza de la tierra y de sus pastos, hacía cálculos de las ventajas que le proporcionaría y de las jugosas ganancias que obtendría con su hacienda.

Pero, sin embargo ¡qué raro!, pasaba el tiempo y las vacas estaban lindísimas, gordas, lustrosas y contentas, pero no crecían. Aunque

transcurrían semanas y semanas los animales no aumentaban de peso. Agradecidos vivían en dulce armonía pero no crecían.

Gustavo, cada vez más preocupado, las espiaba y controlaba día y noche, de lejos y de cerca, pensando que se las cambiaban. Tratando de hallar alguna explicación al asunto, que se tornaba cada vez más misterioso comentaba el caso con sus amigos sin encontrarle ninguna justificación. Acudió al cura del pueblo para las bendijera, por si estaban embrujadas y no dejó curandero sin consultar y hasta intentó curarlas al rastro, pero nada, siempre igual.

Adelgazó y casi no comía ni dormía, desmejorándose a tal punto que su familia muy preocupada por su estado, consultó al Tata, que mucho conoce. Éste fue a visitar a Gustavo y luego de escuchar el relato de sus desventuras y calmarlo, lo llevó de noche a las riberas del famoso arroyo. Allí, en una cálida y estrellada noche de verano, le enseñó lo que sucedía, mientras le mostraba como los tucos y luciérnagas, por miles, apagaban sus luces al sumergirse en esas aguas de verdes reflejos fosforescentes y luego volvían a salir de las profundidades velozmente y brillando con mucha más fuerza.

¡Habían rejuvenecido!

Querido amigo - dijo el Tata – haga que las vacas abreen con agua dulce. Solamente déjelas muy de vez en cuando tomar las saladas del Cachimayo, para que así estén sanas. De otro modo nunca crecerán.

Y de ese modo, haciendo caso del prudente consejo, fue como las vacas de Gustavo Vincitore se desarrollaron como todas las demás.

*Pertenece al libro “El Tata Cuenta de Nuevo, Salsacate”

Traslasierra, Córdoba, Argentina

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

